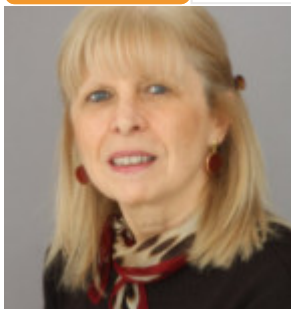


MEDIO AMBIENTE E IDEOLOGÍA

¿Deshacerse de la energía verde? No es un negocio ecológico

CREACIÓN

11_02_2020



Anna Bono



Todo el mundo piensa que el coche Tesla *Model 3*, totalmente eléctrico, es un coche realmente “verde” y respetuoso con el medio ambiente porque produce poco CO2. En cambio, su impacto ambiental, su batería y su carga, especialmente cuando se fabrica

con lignito como por ejemplo en Alemania, tal vez no sea tan sostenible. En 2019, un centro de estudios autorizado de Alemania, CEsifo, llevó a cabo un estudio comparando sus emisiones con las de un Mercedes diésel de última generación, descubriendo que mientras el Tesla emite entre 155 y 180 gramos de CO2 por kilómetro, el Mercedes sólo emite 141. Sin embargo, el diesel está ahora condenado, los que todavía usan coches diesel son marcados como una especie de “demonio” que atenta contra la salud del planeta.

Incluso a los que van por ahí con una botella de agua de plástico de medio litro de esas que todavía se venden en las máquinas expendedoras y en los bares, se arriesga a recibir miradas de desaprobación: es inútil tratar de explicar que el problema es la dispersión temeraria del plástico en el medio ambiente y que a los océanos acaba llegando todo el que se arroja a los ríos (especialmente los chinos). Para demostrar que tienes conciencia ecológica y eres “eco-responsable”, tienes que usar botellas de agua reutilizables, aunque sea rellenas con agua de botellas de plástico compradas en el supermercado. Además, hay que hacer un cálculo de los costes ambientales de la producción y distribución de las susodichas botellas, incluyendo la huella ecológica y en particular las emisiones de CO2 causadas por su transporte porque, por ejemplo, muchas botellas de agua se fabrican en China, y para llegar a nuestros mercados deben viajar más de ochomil kilómetros por lo menos.

También están las energías renovables hacia las que hay que acelerar la transición porque son sostenibles, inagotables y limpias. Son el futuro y la salvación del planeta, dicen los ecologistas. Muchos países se han comprometido a utilizar sólo energía limpia para el año 2050.

El IPCC (*Intergovernmental panel on climate change*) ha desarrollado un ranking de fuentes de energía basado en sus emisiones de CO2. Los peores son el carbón y el gas. La mejor energía es la producida por las turbinas eólicas, con cero emisiones directas y 11 gramos para las que están en tierra y 12 gramos para las que están en el mar por lo que respecta a las emisiones en el ciclo de vida. Por lo tanto, su uso parece tener sólo ventajas. Pero no es cierto del todo. Obviamente, las turbinas eólicas necesitan viento para funcionar, que no siempre sopla, y su alto impacto en el paisaje y el daño que hacen a la avifauna ha sido destacado desde hace mucho tiempo. Ahora también está surgiendo el problema de cómo deshacerse de ellos al final de su ciclo de vida, que es como mucho de veinte o veinticinco años. Los Estados Unidos esperan tener que renovar alrededor de 8.000 cada año durante los próximos cuatro años, Europa alrededor de 3.800 por año y, después de 2022, muchos más. En todo el mundo habrá

que deshacerse de decenas de miles de ellos y el problema sólo puede empeorar.

Las palas de las turbinas eólicas de tamaño mediano tienen entre 20 y 50 metros de longitud y superan los 50 metros en el caso de las más grandes. La turbina V164 del MHI Vestas tiene tres palas de 80 metros de largo que pesan 33 toneladas, tiene 220 metros de altura (más de dos tercios de la Torre Eiffel) y pesa 5.900 toneladas (más de 10 Airbus 380 completamente cargados). El Adwen AD-180 pesa 86 toneladas y sus cargadores miden 88,4 metros de largo.

El primer problema, para deshacerse de ellos, es quitarlos. Hay que cortarlos en al menos tres piezas, algo que no es fácil porque están hechos de materiales que tienen que soportar el impacto continuo de partículas transportadas por el viento a altas velocidades, temperaturas muy altas o muy bajas, grandes cantidades de polvo, exposición intensa a los rayos ultravioleta y fenómenos climáticos extremos como huracanes y torbellinos. La parte más complicada, que es la de serrarlas, hay que hacerlo al aire libre, utilizando sierras especiales de diamante, y libera una gran cantidad de microfibras de vidrio, resinas epoxídicas derivadas del petróleo y otros materiales contaminantes.

No es fácil separarlas, pero tampoco lo es reciclarlas y reutilizarlas. Así que, por el momento, se llevan casi siempre a vertederos realizados aposta para ello, donde se entierran para evitar que contaminen el medio ambiente. Pero esto significa acumular enormes cantidades de residuos no biodegradables. Algunas palas en Europa se queman en hornos de cemento o en centrales eléctricas, pero la energía que producen es poca e irregular y la quema de fibras de vidrio contamina. El Grupo *Veolia* ha puesto en marcha un proyecto piloto para descomponerlos en polvo y tratar de extraer los productos químicos de ellos. *Global Fiberglass Solutions* ha desarrollado un método para reducirlos a gránulos y astillas para su uso en la construcción de pisos y paredes. “Lo último que queremos es crear problemas ambientales aún más graves”, explican los ejecutivos de *Veolia*.

Todos quieren evitar crear problemas ambientales. Pero la voluntad no es suficiente si la ciencia se inclina hacia las ideologías ambientalistas, si se decide dar crédito a una adolescente que está fracasando en la escuela, que por su parte está influenciada por conjeturas no verificadas, si se silencia y desacredita a los científicos serios y concienzudos llamándolos “negacionista” porque dudan del antrópico calentamiento global y advierten del peligro que supone adoptar las próximas políticas ambientales, económicas y sociales sobre esta base.